

## El poeta que habla con los dioses

Daniel Quijano Sosa



Cuando Jorge Arbeleche anuncia un nuevo libro, la literatura uruguaya celebra. A lo largo de más de cincuenta años este poeta, nacido en Montevideo en 1943, se ha consolidado como una de las voces más originales y sinceras del panorama poético contemporáneo. *Escrituras* (Yaugurú, 2021) es el último poemario de Jorge Arbeleche que llega luego de *Mito: poesía reunida (1968-2013)* (Ediciones Vitrubio, 2014), *Peregrino* (Ediciones Vitrubio, 2016), *Carta a García Lorca y otros poemas* (Mantis Editores, 2017) y el *Cuaderno de las conjugaciones* (Yaugurú, 2019). No es inocente que este libro se llame *Escrituras*, pues cada libro del poeta es una recapitulación de toda su obra, esa idea whitmaniana de reescribir un mismo texto a lo largo del tiempo. En el mes de noviembre, *Escrituras* recibió el premio Bartolomé Hidalgo 2021 en la categoría Poesía.

Arbeleche incursiona en una poesía de intimidad que, por momentos, ingresa en la confesión, como ocurre en *Alta noche* (1979), *La casa de piedra negra* (1983), *Ejercicio de amar* (1991) o *El oficiante* (2003), todos poemarios contruidos con elementos que podemos intuir autobiográficos. Luis Bravo, en *Voz y palabra, historia transversal de la poesía uruguaya 1950-1973* (Estuario, 2012), marca dos líneas que se proyectan en su poesía: por un lado, una íntima en donde el yo se manifiesta y autodescubre en relación con la realidad que lo rodea, entonces se objetiva y reconoce, y, por otro lado, una más universal que se entronca con las grandes estéticas de la literatura española.

*Escrituras* expone las inquietudes poéticas desarrolladas a lo largo de su vasta obra, pero además es otra cosa: madurez y hondura.

Este poemario se compone de cinco momentos en una relación de perfecta unidad y diferencia. *Escolar*, el primer momento, compuesto por cinco textos, reconstruye la línea machadiana del tiempo en sus distintas modalidades y genera en la voz poética la añoranza de lo perdido, pero también la valoración de lo vivido. La figura de la madre recorre el poemario con la voz siempre presente («sírvet») e, incluso, la madre muerta del amigo impulsa la reflexión personal. El emisor lírico es él, pero también es el amigo, traslación de vivencias: «Ha entrado en territorio / nuevo, desconocido, sin límites finales. Invisible / frontera con la bruma astillada del tiempo» (p. 11).

El tiempo es una presencia, una entidad de peso, tiñendo todas las cosas al estilo de Antonio Machado, y que Bravo entiende como «poética de la temporalidad». La memoria es uno de los elementos recurrentes en Arbeleche y, unida al tiempo, se muestra endeble ante la mirada del yo que expresa: «A veces, la baraja de arriba / exhibe frágil fraternidad de la memoria» (p. 15).

El segundo momento, *Epopeya*, se compone de cuatro poemas. En *El telar de la memoria (conversaciones con el poeta)* (Antítesis, 2014), Jorge Arbeleche ya había anunciado: «Pienso que toda vida es una epopeya. Por rica en acontecimientos, logros o éxitos, o por el mero hecho de haber sido vivida. Vivir es heroico» (p. 10). Los poemas de esta sección presentan la característica de la aceleración del ritmo. Algunos a través de la concatenación de sustantivos, para profundizar el transcurrir imbatible del tiempo. Otros utilizan la puntuación exhaustiva, el verso corto, a veces de una sola palabra: «Vuelo tras vuelo, sin pausa, entre temblor y ala, / en viaje de ida y vuelta, verde / es azul, azul es verde, puntada con hilván / en ritmo acompasado tensan el armazón / ceñido de 24 horas» (p. 21). Estas ideas manifiestan la importancia de la escritura para el poeta: la vida de Arbeleche ha sido una vida consagrada a la poesía. Su forma de comunicación es esencialmente poética: «Y se despliega el tremolar del canto» (p. 27).

El tercer momento, *Escorpión*, profundiza los temas que más lo conmueven: la vejez y la muerte. La imagen del escorpión funciona como la metáfora del hombre y la vida: «Son signo y cifra del peligro. / Son signo

y cifra de sí mismo. / Su principio y su fin lleva consigo» (p. 31). Este momento del poemario quizá sea el de más íntima sinceridad, en el cual el hombre se reconoce poeta y sin pudor o vergüenza propone, tomando las palabras de André Bonnard: «Los poetas hablan con los dioses». Pero, también, se pregunta, duda, interpela su humanidad: «Culpa y perdón / Dos paralelas a igual ritmo en una sola marcha» (p. 39).

Los dos últimos momentos, *Retablo*, de tres poemas, y *Epílogo*, de cuatro, son la síntesis perfecta de todo el libro. Los recuerdos aparecen («Despedida de Vicente Aleixandre en Madrid, el 10/06/1970») y la memoria se torna frágil y difusa, pues el tiempo ha hecho estragos en ella.

Sin embargo, en «Nudos», poema último pero primigenio a la vez, Arbeleche se prodiga en su *telar* de palabras. Aparece el oficio del escritor en su plenitud, su identidad poética: «Soy la escritura y soy el que la escribe» (p. 61). Jorge Arbeleche se presenta de la manera que más sabe, a través del lenguaje poético, que para él es la forma de expresar la verdad.

*Escrituras* no solo es un poemario, es también una reflexión profunda de la poesía, porque Arbeleche es un pensador de lo poético. Hombre poeta, escribe porque no sabe expresarse si no es poéticamente, para reunir sus vivencias y fundamentalmente porque cree en su hechura.

«Un verso como el agua, fresco.

Como el desierto, seco. Como la piedra, sabia» (p. 61)

Jorge Arbeleche. *Escrituras*. (2021). Montevideo: Yaugurú. 61 páginas.